



TONIA ETXARRI

PAPELES CAMBIADOS

La petición de los socialistas guipuzcoanos a la Audiencia Nacional para que atienda la «realidad social» en su sentencia sobre Otegi ha descolocado a sus propios seguidores

Ahora que las bases socialistas están pidiendo a sus dirigentes la recuperación de su identidad ideológica para no perder el sentido de sus orígenes después de tantos devaneos entre las promesas y los hechos, la coherencia es un valor en alza en la Bolsa de la precampaña electoral. Desde que el pasado mes de mayo Zapatero tuviera que aguantar la malicia popular que le señala como «el conductor que marca el intermitente a la izquierda y gira a la derecha», el estilo parece tener un efecto de contagio por nuestras latitudes.

En Euskadi, la novedad de tener a Bildu en las instituciones está provocando movimientos multidireccionales en el tablero, en donde ni los jugadores tienen claro cuál va a ser el desenlace de la partida. A los socialistas guipuzcoanos se les ha ocurrido pedir a la Audiencia Nacional, a través de una enmienda que se debatirá en las Juntas Generales, que falle cuanto antes sobre el 'caso Bateragune', que mantiene en prisión a Otegi bajo la acusación de intentar reconstruir la antigua Batasuna. Y van más allá sugiriendo que la sentencia debería ser absolutoria teniendo en cuenta «la realidad social» de la apuesta de la izquierda abertzale y utilizando como equivalente el caso de una absolución de insumisos del servicio militar cuando ya la

mili obligatoria había dejado de existir.

La iniciativa, a pesar del énfasis utilizado por Rafaela Romero para defenderla, ha causado extrañeza en buena parte de los seguidores socialistas, indignación en los populares y malestar en las víctimas del terrorismo, que prefieren quedarse con las palabras del presidente del Tribunal Superior de Justicia del País Vasco, Juan Luis Ibarra, cuando declara que la invocación a la realidad social «para pretender la impunidad no tiene nada que ver con la Justicia». Una petición que le resultará difícil de explicar al candidato

Rubalcaba en esas ruedas de jóvenes a los que convoca para explicar su programa «de ahora».

La comparecencia de la izquierda abertzale a las próximas elecciones ha provocado también una recolocación en el PNV, que ha decidido recuperar el terreno identitario para competir directamente con Bildu a la vez que rechaza ir en una misma coalición electoral, mostrándose casi tan exigente como el PP a la hora de reclamar a los herederos de Batasuna que se desvinculen definitivamente de ETA. Urkullu quiere retomar el estatuto identitario de Ibarretxe. Pero su grupo en el

Congreso, al querer colar el derecho de autodeterminación aprovechando que se abría la veda de la reforma de la Constitución, ha reconocido, seguramente sin pretenderlo, que «el derecho a decidir del pueblo vasco» es una cuestión que debería decidir la soberanía española.

Tiempo tendrá de rectificar el paso en falso de exigir el derecho de autodeterminación, vía constitucional, pero ahí ha quedado ese movimiento del PNV que no parece estar en consonancia con su forma de presentar este tipo de reclamaciones. En San Sebastián, la parsimonia ejecutiva en cuestiones municipales de su alcalde, Juan Karlos Izagirre, está provocando que socialistas, PNV y populares se estén organizando «frente al desgobierno» de Bildu.

El Partido Popular no solo no quiere quedarse fuera de juego, sino que ha iniciado un acercamiento al PNV para poder aprobar los presupuestos con mayoría suficiente en el Ayuntamiento de Vitoria y la Diputación alavesa. La reforma fiscal y la Ley Municipal han empezado a tejer alianzas paralelas a las que sostienen al actual Gobierno vasco de Patxi López. Alianzas paralelas en el amplio sentido del término porque el pacto de gobierno se mantendrá hasta el final de la legislatura, a pesar de que la batalla electoral del 20-N va a tensar las relaciones entre los dos partidos. Pero al PP

de Antonio Basagoiti le interesa, precisamente, ampliar su horizonte de pactos para situarse en el epicentro de la política vasca teniendo en cuenta que todas las encuestas sitúan a su partido en el próximo Gobierno de España.

¿Qué interés empuja al PSE de Guipúzcoa a reforzar la opción de Bildu pidiendo nada menos que la absolución de Otegi? Probablemente creen que la división del nacionalismo en su territorio puede operar en beneficio de la opción socialista. ¿Y qué lleva al PP a criticar la política presupuestaria de los socialistas vascos, sus socios, ponderando ni más ni menos que el rigor de Ibarretxe? Puede ser que para el 20-N su propósito sea vaciar el caladero de Patxi López en beneficio de la opción Rajoy.

¿Y al PNV a zurrar dialécticamente a Bildu precisamente apremiándoles a exigir a ETA el final cuando antes no habían considerado prioritario ese gesto? Pues que hay que frenar como sea la fuga de votos abertzales a la coalición emergente. Todo tiene una lógica aplastante en el terreno de la táctica electoral desde el pequeño laboratorio de los partidos y sus aparatos. Pero el electorado no entiende de maniobras de última hora. Los regates en campaña pueden acabar provocando un cóctel de confusión y un resultado en las urnas absolutamente inesperado.